

dirigióse á la redacción de su periódico y, ya muy entrada la noche, escribió el artículo que, al difundirse á la mañana siguiente, había de excitar al pueblo á la venganza.

La justicia que Rochefort reclamaba, el gobierno estaba resuelto á no regatearla. La noticia del asesinato produjo en las esferas oficiales una impresión de gran disgusto. ¡Qué funesto contratiempo en los comienzos de un ministerio dichoso! El principal cuidado fué apresurar la acción pública á fin de que los parisienses se enteraran simultáneamente de la violencia y de la represión. Sin pérdida de momento, ordenóse la detención del príncipe; pero éste se había anticipado al gobierno presentándose espontáneamente á la justicia. El ministerio hubiera deseado que entendiera de la causa la jurisdicción ordinaria, mas un senadoconsulto de 4 de junio de 1858 (1) había organizado para los miembros de la familia Bonaparte una jurisdicción criminal especial, un jurado ilustre nombrado por suerte entre los consejeros generales; y el texto imperativo de la ley no permitía la aplicación del derecho común. Un decreto mandó convocar la sala de acusaciones del Tribunal Supremo (2).

La tarde y la noche siguientes transcurrieron en medio de una completa tranquilidad, pues el suceso no se había propalado; en la mañana del 11, *La Marseillaise* se publicó con orla negra y en la primera página se leían escritos en grandes caracteres estos títulos:

ASESINATO cometido por el príncipe Pedro-Napoleón Bonaparte en la persona de Víctor Noir.

Tentativa de asesinato cometida por el príncipe Pedro-Napoleón Bonaparte contra Ulrico de Fonvielle.

El artículo de Rochefort estaba concebido en los siguientes términos:

«¡Tuve la debilidad de creer que un Bonaparte podía ser otra cosa que un asesino!

»Osé pensar que era posible un duelo leal en esa familia en que el asesinato y la emboscada son tradicionales y comunes.

»Nuestro colaborador Pascual Grousset participó de mi error y hoy lloramos á nuestro pobre querido amigo Víctor Noir, asesinado por el bandido Pedro-Napoleón Bonaparte.

»Diez y ocho años hace que Francia está entre las manos ensangrentadas de esos asesinos de oficio que, no contentos con ametrallar á los republicanos por las calles, los atraen á innobles emboscadas para asesinarlos á domicilio.

»Pueblo francés, ¿de veras no opinas que ya se ha colmado la medida?»

El periódico fué recogido, pero el llamamiento al motín ya se había propagado. La sesión parlamentaria se abrió en medio de una expectación universal: apenas terminada la lectura del acta, Rochefort pidió la palabra y calificó de asesinato la muerte de Víctor Noir, tachó de infame al asesino, reclamó el nombramiento de jueces, pero no de jueces de excepción, sino el jurado, habló de la emoción pública (de la que podía ha-

(1) Véase el *Bulletin des Lois*, 1858, n.º 610.  
(2) *Journal officiel*, 11 de enero de 1870.

blar mejor que nadie, puesto que él la había provocado) y por último, como si quisiera completar en la tribuna el artículo de la mañana, terminó diciendo: «Me pregunto si estamos en presencia de los Bonaparte ó de los Borgia.—Interpeláis al gobierno ultrajándole, replicó Emilio Ollivier; el gobierno os contestará y no os ultrajará.» Y la respuesta fué digna, tranquila, contrastada: nadie deploraba más que los ministros el suceso de la víspera, pero las conveniencias no permitían anticiparse á la obra de la justicia; con previsora imparcialidad se habían adoptado todas las medidas y podía tenerse la seguridad de que la elevada condición del acusado no sería causa de miramientos ni fuente de impunidad. Respecto de la jurisdicción excepcional, el ministro fué lacónico y concreto: él y sus colegas habrían deseado que el reo compareciera ante el jurado, pero un senadoconsulto formal había establecido una competencia especial; en lo porvenir podría derogarse la ley, mas al presente era menester conformarse con ella. «No exageremos la gravedad de la situación, dijo para terminar el ministro de Gracia y Justicia. Se ha cometido un homicidio por un personaje de elevada condición y hemos procesado al autor del delito... En cuanto á esas excitaciones con las que se trata de sublevar el sentimiento popular, las contemplamos impasibles y sin temor: somos la ley, somos el derecho, somos la moderación, somos la libertad; pero si á ello nos obligáis, también seremos la fuerza.» Así habló Emilio Ollivier, apoyado por la calurosa aprobación de la derecha y de los centros; la oposición permanecía silenciosa y sólo algunos diputados de la extrema izquierda interrumpieron al orador. El más animado de éstos era Raspail, quien, á propósito de Pedro Bonaparte, juzgó oportuno evocar el nombre de Tropmann, el monstruoso criminal que en aquel mismo entonces esperaba de un momento á otro subir al patíbulo. Cuando el ministro volvió á ocupar su asiento, llegó una carta del fiscal pidiendo autorización para procesar á Rochefort por el artículo inserto en *La Marseillaise*. Esta petición pasó á las secciones.

En tanto, el partido revolucionario hacía esfuerzos desesperados para exaltar las pasiones. La brutalidad del atentado, el nombre del culpable, la edad de la víctima, todo contribuía á exacerbar la cólera; atribuíase al príncipe la provocación, á pesar de que de ello no había pruebas, y la aventura tomaba el aspecto de emboscada; y se improvisaba al infortunado Víctor Noir una biografía, ensalzando su franqueza y su bondad, poetizando las últimas horas de su vida con la suposición de que estaba á punto de casarse, y la imagen de una mujer enlutada añadía algo de sentimental al horror de la muerte. Por la noche reflejéronse en las reuniones estas impresiones de simpatía, de indignación crédula, de vengador entusiasmo, y en Belleville y en la Chapelle cubrióse la mesa presidencial con un velo negro. Estas manifestaciones, sin embargo, parecían insuficientes á los más exaltados. El cadáver había sido transportado á Neuilly, al domicilio de Luis Noir, hermano de la víctima, y al día siguiente, 12 de enero, debía celebrarse el entierro: ¿sería imposible conseguir que de las palabras se pasara á la acción y que de la fúnebre ceremonia saliese la guerra civil? Sobre este particular sosteníanse apasionadas discusiones, pues

mientras unos deseaban aprovechar aquella coyuntura, otros temían proporcionar al gobierno una fácil victoria. Los principales agentes del partido blanquista, á quienes se consultó, contestaron que sus gentes no tomarían parte en el movimiento; en la redacción de *Le Reveil* también se rechazaba la insurrección, y los caudillos de la Internacional estaban indecisos. En cambio, ciertos obreros de los arrabales parecían resueltos á batirse y querían acudir á la manifestación con armas ocultas debajo de sus vestidos. El más animado entre todos los agitadores, el único verdaderamente convencido, era Flourens: «Mañana, decía, será necesario vencer ó morir;» y añadía: «1848 comenzó por un cadáver; ahora tenemos el de Víctor Noir (1).»

El día 12 de enero, desde las primeras horas de la mañana, grupos numerosos subían por las avenidas que conducían al Arco de Triunfo; los más resueltos atravesaron las fortificaciones y entraron en Neuilly. El plan de la autoridad era no estorbar en lo más mínimo los homenajes que debían tributarse al muerto; por esto no se habían concentrado las tropas en el sitio mismo del entierro. A medida que el día avanzaba, aquellos vastos barrios parecieron demasiado estrechos, ¡tanta era la afluencia de los que iban llegando! Los cálculos más moderados estimaron en más de ochenta mil la cifra de los manifestantes; pero aquella demostración, imponente por el número, no tenía esa unidad de miras que hace temibles á las multitudes: algunos, aunque en ínfima minoría, meditaban la insurrección; pero los más solo aspiraban á cubrir de infamia al asesino y á herir por encima del príncipe Pedro Bonaparte al otro Bonaparte, al que ocupaba el trono. Además había la gran masa de los curiosos que iban en busca de un espectáculo y de los hastiados que esperaban alguna emoción sensacional. Lo que en Neuilly eran grupos transformábase en las inmediaciones de la casa mortuoria en compacta muchedumbre. Y junto al féretro, entre los jefes de grupo y los parientes del muerto prolongábase la discusión ardentemente comenzada el día antes: Flourens y algunos amigos suyos querían que el coche mortuorio, en vez de dirigirse al cementerio del pueblo, entrara en París para llevar el cadáver al Padre Lachaise y de este modo poder amotinar por el camino á las masas del pueblo; Rochefort y Delescluze se esforzaban en combatir tan temeraria resolución, invocando los deseos de la familia, la circunstancia de no haber nada preparado para la insurrección y la de que el gobierno disponía, en cambio, de grandes medios para reprimir cualquier movimiento revolucionario con lo que fácilmente podría ser dispersada ó acuchillada cualquiera multitud en las grandes avenidas que habría que atravesar para llegar hasta el centro de la ciudad. La discusión duraba todavía cuando los empleados de la funeraria sacaron el cadáver. La comitiva encaminóse al cementerio de Neuilly, pero no sin que se sostuviera una última lucha; en efecto, por el camino, Flourens y sus compañeros trataron de obligar al coche mortuorio á dirigirse á París, y uno de los concurrentes cogió á los caballos por la brida, mientras otro, llamado

(1) Véase informe del fiscal Grandperret, 4 de mayo de 1870 (*Journal officiel*, 5 de mayo de 1870). — Véase también el proceso de Blois acta de acusación, (*Gazette des Tribunaux*, 18 y 19 de julio de 1870).

Fontaine, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones: «¡A París, á París! ¡Tenemos bombas (2)!» Hubo un momento de confusión indescriptible; Rochefort se desmayó y pudo temerse que se librara una batalla entre ambos bandos para apoderarse del ataúd, hasta que al fin fueron vencidos los que soñaban con reproducir las escenas del entierro del general Lamarque, y el pobre joven, á quien en vida nadie conociera y que sólo por la muerte había adquirido celebridad, pudo descansar en paz en su sepultura.

En los Campos Elíseos habíanse concentrado las tropas, dispuestas á obrar si los manifestantes, no calmados por las honras fúnebres, intentaban amotinarse; pero aquellas precauciones resultaron superfluas. El regreso del cementerio se efectuó sin ningún incidente notable: hubo á lo sumo algunos empujones y algunas intervenciones de la caballería para disolver ciertos grupos demasiado compactos. A la caída de la noche, la ciudad había recobrado su fisonomía normal: en ninguna parte hallábase estorbada la circulación; todas las tiendas, todos los cafés estaban abiertos, y el único síntoma de una agitación inusitada era el interés con que se leían los periódicos, que la gente compraba con afán en los kioscos. En realidad de verdad, una doble prudencia había evitado que se turbase la paz pública: los demagogos, por temor de los riesgos á que se exponían, no se atrevieron á provocar á la fuerza armada; y los ministros honrados y humanos del 2 de enero habrían sentido en el alma tener que servirse de ella. El Imperio estaba en sus postrimerías; pero habían de ser menester otros adversarios y otros golpes para derribarlo.

## III

El suceso de Auteuil pasó por el cielo sereno del Imperio liberal como un signo funesto, pero que se desliza sin detenerse: después de un instante de temor supersticioso, la gente se tranquilizó y fijó toda su atención en la obra que llevaban á cabo Emilio Ollivier y sus amigos.

Esta obra, aunque interrumpida desde sus comienzos y un tanto perjudicada por algunos excesos de optimismo, merece no ser olvidada, ya que fué una de las mejor intentadas durante el siglo XIX.

Un rasgo la caracteriza, á saber, un intenso y patriótico deseo de no dejar perder nada de las fuerzas nacionales, de juntar á todos aquellos á quienes nuestras luchas civiles habían separado. Al través de los años perdura en la memoria de los contemporáneos un recuerdo, el de las recepciones ministeriales que se celebraron durante aquel invierno: en los salones llenos de senadores, diputados, magistrados y funcionarios, presentábanse de pronto visitantes cuya entrada causaba sensación y cuyos nombres se pronunciaban en voz baja; eran generalmente ancianos, vestían frac negro, los más de ellos sin condecoraciones, y mostraban una sencillez que lejos de disimularlos los denunciaba. Esos invitados extraordinarios se llamaban Guizot, Odilon Barrot y Duvergier de Hauranne. Una curiosidad atenta y sorprendida observaba sus movimientos, notaba sus pala-

(2) Proceso de Blois, acta de acusación (*Gazette des Tribunaux*, 20 de julio de 1870).



bras y se ingeniaba para apreciar las muestras de deferencia con que eran acogidos. La sorpresa que causaban parecían experimentarla ellos mismos; así se les veía dirigir sus miradas á todos lados, como si tuvieran empeño en explorar los lugares, despertar sus recuerdos y aplicar los nombres á los rostros respectivos. Presenciábanse á veces singulares encuentros entre personas que desde la fundación del Imperio no habían vuelto á verse, y no porque se hubiesen perdido de vista, sino porque un temor, indudablemente exagerado, de desagradar al príncipe había hecho que fingieran no conocerse. En la cancillería, el motivo más grande de sorpresa era el propio ministro de Gracia y Justicia: aquel á quien los bonapartistas acudían á saludar era Emilio Ollivier, hijo de un desterrado y educado en el odio al Imperio, y á su lado podían señalarse los que habían sufrido los rigores del golpe de Estado. Los viejos imperialistas se codeaban con los partidarios del orleanismo, y con ellos asistían á aquellas reuniones otras personas, hombres de negocios, abogados, periodistas, á quienes hasta hacía poco nadie habría vacilado en clasificar en el partido republicano. Esta reunión de todas las opiniones venía á ser la imagen de la fusión general á que aspiraban los nuevos ministros. Emilio Ollivier iba de grupo en grupo, mostrándose bondadoso, expansivo, satisfecho, sonriendo á los demás, pero sonriendo también á su propia fortuna y lleno de una confianza que entonces parecía justificada. En aquellas horas fugaces, todo prosperaba á medida de sus deseos, y su esposa, que le acompañaba, completaba la imagen de su felicidad, apareciendo á su lado modesta más bien que tímida, ni deslumbrada ni aturrida por su encumbramiento y desdén de todo adorno, hasta el punto de parecer austera, ora porque quisiera con su ejemplo resucitar las olvidadas costumbres de la sencillez, ora porque despreciara todo ornamento que no fuera el de sus veinte años.

Aquellos aparecidos de la política, al encontrarse nuevamente con sus antiguos conocidos, no dejaban de evocar extraños recuerdos; pues, asombrados de la evolución de las cosas, no podían prescindir de comparar el presente con el pasado. Un día, en las Tullerías, Odilón Barrot halló reunidos en uno de los salones de espera á los nuevos ministros; uno de éstos, saliéndole al encuentro, le dijo: «¿No me reconocéis, Sr. Barrot?» Y luego, sonriéndose y aludiendo al golpe de Estado, añadió: «Hace diez y ocho años os ayudé á hacer vuestra cama en Vincennes; vuestro colchón estaba junto al mío, y en verdad no sabíais qué hacer con él.—Sí, os reconozco, respondió el anciano, sois el señor marqués de Talhouet, y á mi vez voy á recordaros una cosa: ¿os acordáis de que cuando os desnudasteis observé en vuestra camisa una manchita de sangre y os pregunté su origen? Me contestasteis entonces que os había alcanzado un bayonetazo en el momento en que queríais forzar la entrada del Palacio Borbón; felizmente vuestra capa había amortiguado el golpe (1).» De aquella época podrían reproducirse muchas conversaciones análogas; pero lo más singular no eran estos coloquios, sino que se sostuvieran en la antecámara del gabinete imperial y entre los que esperaban al príncipe para servirle ó aconsejarle.

(1) Odilón Barrot, *Mémoires*, tomo IV, págs. 388-389.

Parecía aquello no un reinado viejo que se acaba, sino un reinado nuevo que se inaugura; por todo el país percibíanse esas brisas de esperanza que soplan en las horas de los advenimientos, y lo que encantaba á los viejos atraía sobre todo á los jóvenes, y unos y otros, sintiendo que todo el pasado se fundía en las perspectivas del porvenir, se abandonaban á la confianza con alegre entusiasmo. Por todas partes se hacían circular mensajes de adhesión, en la Escuela de Derecho, en las conferencias de pasantes y de estudiantes, en el círculo católico del Luxemburgo. «¡Valor, Padre Santo, valor!» gritaban los romanos á Pío IX en los primeros días de sus reformas liberales; y este mismo grito de simpatía llegaba en aquel mes de enero de 1870 hasta el remozado Imperio.

El ministerio tenía gran empeño en corresponder á esta confianza, y con actos poco importantes en sí mismos, pero significativos, quiso demostrar claramente el espíritu que había de animarle. Después de haber mantenido la paz pública el día del entierro de Víctor Noir, hizo punto de honor de probar su liberalismo, siendo generoso hasta con sus peores adversarios, é hizo extensiva en 12 de enero la amnistía á Ledru-Rollín, á quien le había estado prohibido hasta entonces el regreso á Francia. Desde los comienzos del imperio levantábase un clamoreo general contra la ingerencia de los jueces de paz en las luchas electorales: dos circulares sucesivas proclamaron que estos jueces no dependían más que de sus superiores jerárquicos; además de lo cual se suprimieron los informes políticos y se dispuso que aquellos magistrados no pudiesen solicitar en su cantón ningún mandato de consejero general, ni de consejero de distrito ni de consejero municipal (2). Una instrucción dirigida á los fiscales (3) determinó la conducta que debía seguirse con la prensa: había de dejarse la libertad más completa, aun para las opiniones más violentas; en cambio convendría proceder sin vacilar contra los ultrajes al emperador, las provocaciones á la rebelión, la excitación á los militares á la desobediencia. El deseo de poner la independencia de los cuerpos judiciales por encima de toda sospecha hizo derogar el decreto de 16 de agosto de 1859 que confiaba al presidente y al fiscal general en las audiencias y al presidente y al fiscal imperial en los tribunales la formación del cuadro de turno de las diversas salas, encomendando en lo sucesivo el reparto á una comisión compuesta de los presidentes y vicepresidentes y del decano de los consejeros y de los jueces, con lo cual cesaría un reproche muy poco fundado, pero formulado con mucha frecuencia contra el gobierno, á saber, que organizaba á medida de sus intereses las salas llamadas á fallar los delitos políticos (4). Hasta entonces habían estado prohibidos los comentarios de las sesiones legislativas; así lo disponían los senadoconsultos imperiales cuyas severas prescripciones se habían aplicado, á fines de 1867, en un proceso que se hizo célebre; pero en tanto que se modificaba la legislación vigente, el ministro de Gracia y Justicia, para tranquilizar á los periodistas, dictó una circular disponiendo que en lo sucesivo pudiera ejer-

(2) *Journal officiel*, 27 de enero y 20 de febrero de 1870.

(3) *Journal officiel*, 29 de enero de 1870.

(4) Decreto de 21 de febrero de 1870 (*Bulletin des Lois*, 1870, página 353).

cerse sin riesgo el derecho de apreciación, de análisis ó de discusión (1), y presentó al mismo tiempo un proyecto declarando de la competencia del jurado los delitos de imprenta. Había, sin embargo, entre las leyes del imperio autoritario una que contrastaba con el estado de los espíritus y cuyo mantenimiento nadie se habría atrevido á reclamar, la *Ley de seguridad general*: el gobierno propuso su derogación, que fué votada por unanimidad.

Estas medidas no eran más que medidas de detalle; pero Emilio Ollivier y sus colegas tenían propósitos más vastos, para cuya realización se crearon tres grandes comisiones extraparlamentarias. La primera tenía por objeto estudiar el mejor régimen para la administración y representación de la ciudad de París; la segunda, cuyo mandato era mucho más amplio, tenía la misión de elaborar una serie de proyectos destinados á reanimar la vida municipal, cantonal y provincial; y la tercera había de estudiar las cuestiones relativas á la libertad de enseñanza y á la enseñanza superior. En la elección de los individuos que habían de componer cada una de estas comisiones presidió un criterio amplísimo. En la comisión de la ciudad de París entraron los Sres. Laboulaye, Cochín, Say y Batbie, aunque también se nombró á Emilio de Girardin, inteligencia más brillante que equilibrada, que ora atacaba, ora alababa á Emilio Ollivier, y á quien éste temía y trataba con excesivas consideraciones. La comisión de descentralización fué presidida por Odilón Barrot y en ella figuraron ex diputados muy respetados y á quienes sus colegas echaban muy de menos, como los Sres. de Flavigny y Lambrecht; representantes de los antiguos partidos, como los Sres. de Barante, Benoist d'Azy y Prevost-Paradol; y economistas como los Sres. Le Play y Leoncio de Laverge. Con atenta solicitud habíase buscado hasta en las provincias los hombres modestos é instruidos que pudieran emitir pareceres ilustrados, y en este concepto fueron agregados á la comisión el Sr. de Metz-Noblat, que en otro tiempo había redactado el *manifiesto de Nancy*, y el Sr. Garnier, director de un periódico legitimista de Lyon, que el año anterior había organizado un congreso para tratar de la descentralización. Aunque el objeto del gobierno al crear esta comisión era desarrollar la iniciativa individual restringiendo las atribuciones del poder, el espíritu de justicia que reinaba entonces en las esferas oficiales no habría tolerado que en aquélla no hubiesen estado representadas las ideas contrarias; por esto se nombró el Sr. Dupont-White que profesaba, por lo menos de un modo general, la teoría del Estado centralizado. Con la misma equidad fué escogida la comisión de la enseñanza superior, que presidió el Sr. Guizot y en la cual cada facultad estuvo representada por uno de sus profesores más eminentes: la Escuela de Derecho por el Sr. Valette; la de Medicina por el Sr. Andral; la de Letras por el Sr. Saint-Marc-Girardin, y la de Teología por el padre Adolfo Perraud. Los católicos, muy afanosos por conquistar una libertad de la que esperaban aprovecharse, tenían por órganos á los Sres. duque Alberto de Broglie, Leopoldo de Gaillard, al padre Captier, que dirigía la escuela dominicana de Arcueil, y á un publicista muy joven todavía, pero ya

(1) Véase *Journal officiel*, 4 de febrero de 1870.

celebrado por su inteligencia penetrante y vigorosa, el Sr. Thureau-Dangin. No había allí ninguna tendencia exclusiva: al lado de los católicos estaban, además del Sr. Guizot, varios protestantes, entre ellos el Sr. Bois, profesor de la facultad de teología de Montaubán, y el muy respetable general Chabaud-Latour. La idea general era permitir á la iniciativa individual la apertura de establecimientos destinados á estudios superiores; pero antes de asestar este último golpe al antiguo monopolio el gobierno había tenido empeño no sólo en no huir, sino además en solicitar las objeciones. Y animado de tales pensamientos había incluido en la comisión á gran número de funcionarios ó profesores de la universidad oficial, como por ejemplo los Sres. Boissier, Saint-René-Taillandier, Ravaisson y Bersot. De modo que no se prescindió de ningún elemento de información, con lo que la resolución que se adoptara se tomaría con toda lealtad y en plena luz.

No por esto, sin embargo, se lograba desarmar á los *irreconciliables*; en aquel tiempo, tanto ardor puso el partido del orden en fundar la libertad, como el partido contrario en sobreexcitar las pasiones. Al día siguiente del entierro de Víctor Noir reuniéronse los jefes de la *Internacional* y, sin desanimarse por el reciente fracaso, buscaron los medios de aprovecharse de las ocasiones futuras y decidieron organizar entre los diversos grupos de la sociedad relaciones permanentes á fin de asegurar, en el momento favorable, una acción simultánea; combinar una estrecha inteligencia con Rochefort y enviar emisarios que hicieran propaganda en las grandes ciudades, como Lyon, Ruán y Roubaix, para que, medianamente esta coalición, cualquier movimiento parisiense fuese secundado inmediatamente por las provincias. Decidieron además no omitir medio alguno para mantener la agitación mientras se esperaba la sublevación decisiva (2).

No faltaron pretextos para ello. El 17 de enero púsose en la orden del día del Cuerpo legislativo la discusión relativa al procesamiento de Rochefort, y mucho antes de que la sesión comenzara una muchedumbre compacta permanecía estacionada en los alrededores del Palacio Borbón. Todos los diputados ocupaban sus asientos y en las tribunas no había un solo sitio desocupado; pero los que iban en busca de incidentes dramáticos se vieron chasqueados, pues Rochefort, hombre sin elocuencia, no pronunció más que algunas frases incoloras y todo el éxito fué para Ollivier: «No tememos la revolución, dijo, porque el pueblo no la quiere... Si hubiésemos de recurrir á la represión, lo haríamos con gran dolor porque reprimir es derramar sangre...; pero la voluntad resuelta del gobierno es impedir que haya jornadas.» El Cuerpo legislativo votó el procesamiento por 222 votos contra 34. Los amigos de Rochefort, vencidos en la Cámara, quisieron tomar el desquite fuera: á la caída de la tarde, algunos centenares de jóvenes salieron de la plaza de la Concordia y entonando cantos sediciosos recorrieron las calles de Rívoli, de Castiglione y de San Honorato; y por la noche se formaron grupos en las calles de Abukir y de Montmartre y en los bulevares. A la noche siguiente se repitieron

(2) Véase la carta de Varlin á Bastelica (Informe del fiscal general Sr. Grandperret, *Journal officiel*, 5 de mayo de 1870).